

El Pontificio Instituto Oriental al servicio del Oriente cristiano



El reciente artículo “Terremoto entre los jesuitas en el Pontificio Instituto Oriental” ha despertado entre los amigos del PIO – amigos verdaderos, se entiende – sentimientos encontrados. En primer lugar, es de elogiar la precisión con la que se ha respetado fielmente la compleja escritura de los nombres y apellidos no italianos. Encambio no se pueden apreciar en absoluto ni la redacción del título ni las opiniones expresadas por los que dieron la noticia.

En el título aparece, totalmente inadecuada, la imagen del “terremoto”, una realidad que evoca solamente destrucción y muerte. Si queremos servirnos de imágenes, sería más apropiada aquella de “tormenta”, tal vez incluso una tormenta con repentinas y violentas ráfagas de viento, que hace caer los árboles más expuestos en la ladera. Pero todos saben que la tormenta lava, refresca, renueva, y que después de su paso deja lugar a la serenidad.

En cuanto a las dos citas que firman crípticamente el artículo, hay que decir que las diversas expresiones catastróficas, tales como, “débâcle”, “juego de la masacre”, “arena desierta, sin vencedores ni vencidos”, deben ser devueltas al remitente con respeto. Aunque, como en cualquier institución académica, no todas las enseñanzas son como para recoger el aplauso unánime de quienes asisten, es cierto que la gran mayoría de ellas cumple plenamente las expectativas de los estudiantes.

Quién habla de la “precariedad de un gran número de enseñanzas, confiadas a profesores seleccionados al azar quienes vienen con traslado temporal de otras universidades y deben hacer en unas pocas semanas lo que debería tomar todo el semestre”, demuestra no conocer la complejidad de la misión confiada al Instituto Oriental, en particular a la Facultad de Ciencias Eclesiásticas Orientales. Esta Facultad que, desde 1917 hasta 1971, es decir, hasta la creación de la Facultad de Derecho Canónico Oriental, se ha identificado con el propio Instituto, se divide en tres secciones: teológico-patristica, litúrgica e histórica. A su vez, en la planificación de los cursos, cada una de estas secciones se abre con la gama de las diversas tradiciones orientales: Bizantino-Eslava, Caldea, Malabar, Malankar, Maronita, Copta, Etíope, Armenia, Georgiana, y muchas otras.

Para dar derecho a estas variadas y ricas tradiciones (católica, ortodoxa y pre-calcedónica) se introdujo, muchos años atrás, junto a los cursos normales de 24 horas reservados para los campos de estudio numéricamente más representados, cursos más breves de 12 horas, que tratan alternativamente cada dos años las áreas numéricamente menores. Esto es un verdadero reto, tanto para el decano que está llamado a programar cursos, como para el secretario que debe organizar el calendario académico. Si a cada uno de estos cursos se tuviera que dedicar todo un semestre, diez años no serían suficientes para poner fin a una Licenciatura. Pero el Pontificio Instituto Oriental, como cualquier otra institución académica, no pretende enseñar todo; su tarea es transmitir al estudiante un método de trabajo que le permita progresar por sí mismo. Se puede afirmar, sin temor de ser desmentidos, que ninguna facultad de teología, ni en Roma, ni en ningún otro lugar, tiene una programación tan articulada y compleja. Ahora bien, como los expertos de estas áreas numericamente menores generalmente no son parte del cuerpo docente estable y ni siquiera están en Roma, es evidente que hay que ir a buscarlos allá donde se

los encuentra y proponerles cursos intensivos, compatibles con las actividades de las instituciones donde residen.

En resumen, el Pontificio Instituto Oriental está llamado todos los días a responder a la misión sabiamente delineada en su carta fundacional “Orientis Catholici” de Benedicto XV, del 15 de octubre de 1917, a saber, la de ser “una casa de estudios superiores en Roma en relación con cuestiones de Oriente”. Esto es lo que el cuerpo docente, aun conociendo los límites de personal y de los medios que dispone, trata de lograr, combinando la docencia con la investigación.

Las publicaciones salidas del PIO en estos últimos años confirman que los docentes no son en absoluto “investigadores hasta que se jubilan” – investigadores improductivos, en la mente de quien acusa –, sino que investigan, encuentran y producen. Basta pensar en las Actas de la Conferencia internacional “Las formas de conocimiento en el ámbito siro-mesopotámico desde el III al IX siglo” (12-13 de mayo de 2011), Roma 2013, curado por Carla Noce, Massimo Pampaloni sj y Claudia Tavolieri (www.orientaliachristiana.it); o a las Actas del Congreso internacional de liturgia “La génesis anafórica del relato de la institución a la luz de la anáfora de Addai y Mari” (25-26 de octubre de 2011), Roma 2013, curado por Cesare Giraudo sj (www.prexeucharistica.org); o “La Vida de San Nicola de Sion. Traducción [texto griego delante], notas y comentarios”, curado por Vincenzo Ruggieri sj, Roma 2013 (www.lilame.org); o la serie “La cuestión armenia. Documentos del Archivo Secreto Vaticano, etc.”, Roma 2013-2015 (cuatro volúmenes ya publicados, otros dos en camino), de Georges-Henri Ruysen sj (www.lilame.org). Pensemos en el “Diccionario enciclopédico del Oriente cristiano”, publicado en italiano por Edward G. Farrugia sj en el 2000, cuya próxima edición en inglés se ampliará enormemente (más de 2000 páginas). Pensemos además en las Colecciones “Patrimonio Árabe Cristiano” (28 volúmenes), “Patrimonio Cultural Árabe-Cristiano” (11 volúmenes), “Textos y Estudios sobre el Oriente Cristiano” (9 volúmenes), dirigido por Samir Khalil Samir sj. Pensemos finalmente en la prestigiosa Colección “Patrologia Orientalis”, dirigida por Philippe Luisier sj (www.brepols.net). Y otras tantas.

Al programa presentado por Benedicto XV en 1917 hizo eco el discurso de Juan Pablo II el 12 de diciembre de 1993, con ocasión del 75 aniversario del Instituto. Las palabras son luminosas y con visión de futuro:

“Queridos profesores, enseñen a estos jóvenes el gusto de la complementariedad, de la globalidad de la fe y de la teología. Que la investigación puntual sea una verdadera escuela para entender mejor la universalidad de la fe, que se resume en la persona de Cristo, verdadero Dios y verdadero Hombre, el Hijo del Padre. El Espíritu Santo llevará a cada uno a la comunión de la Santísima Trinidad, quitándolo de la fragmentariedad de tantos problemas particulares, que no conducen a nada fecundo.

Asegúrense de que el estudiante, en el período de su estancia en vuestro Instituto, adquiera un conocimiento detallado del oriente cristiano en su integridad: si va a ser de utilidad para los latinos, lo será, en particular, para los orientales, que adquirirán de este modo los instrumentos para apreciar las tradiciones de las diferentes Iglesias que conforman el variado mosaico del Oriente cristiano. Esto puede requerir un mayor uso del trabajo interdisciplinario y una actividad conjunta entre docentes: no duden en emprenderla para mayores frutos de vuestros esfuerzos y para el beneficio de vuestros estudiantes.

Hagan que la Liturgia interpele a los Padres, y los Padres ayuden a releer la Escritura Santa, y la Teología sea la síntesis contemplativa de esta ‘Vida en Cristo’, estrechamente unida y además experiencia única, con la espiritualidad, según el feliz modelo que fuera común a Oriente y Occidente”.

En la espera de lo que dirá el Sucesor de Pedro en el ya próximo centenario de la fundación, quien se angustia por lo que ha sucedido en los días pasados no debe olvidar que el Pontificio Instituto Oriental ha sido confiado a la Compañía de Jesús que, en su historia plurisecular, vicisitudes contarias ha conocido muchas, y que seguramente, mirando más allá de la tormenta que hoy está sobre los ojos de todos, mostrará a docentes y alumnos aquella calma que todos ardientemente desean, siempre por un mayor servicio a las Iglesias de Oriente.